

## El amor ausente

Amar platónicamente a alguien viene a ser, en términos vulgares, quedarse con las ganas. El amor platónico es una amistad intensificada por el deseo insatisfecho. Y las variantes son múltiples: porque sólo desea una de las partes, porque se establece entre ambas una corriente afectiva sin química erótica, por una mutua idealización sublimadora, porque obstáculos insalvables fuerzan a la abstinencia o por esa tontería que casi todos hemos escuchado en más de una ocasión: «Si folláramos, dejaríamos de ser amigos.» Lo cual no deja de tener su sentido, siendo el sexo como es una guerra carnal, entre el dominio y la sumisión, que no admite empa-

tes ni concesiones, donde se gana o se pierde. Pero la experiencia nos ha enseñado que eso suele decirse a la parte que no desea a la parte que revienta de ganas. Y el final, tras mil tortuosos vericuetos y humillaciones inenarrables, siempre es el mismo: «Si no quieres que follemos, no pretendas que seamos amigos.» Después de todo, un polvo no se le niega a nadie, y el que lo hace comete un delito de lesa humanidad. Aquí el platonismo es la componenda mental y emocional que se fabrica la parte rechazada para soportar el rechazo, alimentar la esperanza, conservar lo ya perdido de antemano. Lo siento en el alma pero me cuesta concebir un platonismo positivo que no sea el de la amistad propiamente dicha y bien entendida, una forma de amor puro en libertad, sin deseo, sin controles, sin dominios, con celos sí, pero competitivos, nunca eróticos o cardíacos. Por lo demás, el platonismo al uso me parece una desgraciada suma —intensísima, qué duda cabe— de aprensiones, frustraciones, represiones y, en el mejor de los casos, patéticas sublimaciones, derivaciones ya muy plebeyas de la noble espiritualidad de los trovadores, que fueron unos masoquistas refinadísimos. Sus *leys d'amors* excluían el matrimonio o unión de los cuerpos, en aras de la *Minne* o unión de las almas y de los corazones. «Con el matrimonio muere la *Minne* y la poesía —escribe Otto Rahn en su *Cruzada contra el Grial*—. El amor, sin más, es sólo pasión que, rauda, se desvanece con el goce sensual. Quien alberga en su corazón la auténtica *Minne* no ansía el cuerpo de su amada, sino tan sólo su corazón. La verdadera *Minne* es amor puro e incorpóreo. La *Minne* no es amor a secas; Eros no es sexo.»

Con estos planteamientos, parece comprensible que el trovador Raimon de Miraval, que supo celebrar y honrar a las damas mejor que nadie pero jamás recibió *ben* de ninguna y fue engañado por todas, albergara serias dudas respecto al doble empeño que le atormentaba: «amor carnal o amor sublime, / ¿en quién debo confiar? / ¿Canto o no canto a las mujeres / mientras dura mi existencia? / Tengo muchas razones, y de peso, / para no cantar ya más. / Pero sigo, pues mi apetencia de amor y juventud / me alecciona, me incita, me arrebatata.» Si estos versos se los inspiró la hereje Adelaida de Boisseseons, que prefirió al rey Pedro de Aragón, la infidelidad de la «bella albigense» Ermengarde de Saissac le colocó al borde mismo de la locura. Y tampoco tuvo a bien compadecerse de él una tal Estefanía, que no en vano fue apodada como La Loba. No creo sinceramente que haya habido jamás calientapollas más implacables que aquellas damas altivas, sublimes y bellas. Pero al menos, el calentón de los trovadores dio frutos excelso, exquisitas rimas, baladas y serventesios. Mucho más digno que la estéril desolación a la que hubieran sido condenados de haber vivido en un tiempo tan descarnado y trivial como el nuestro.

Luego está la vieja historia de la media naranja, versión cítrica, popular y, en su fórmula más degradada, espectacularmente televisiva, de las teorías que formula Aristófanes en *El banquete* de Platón: en tiempos primitivos, hubo tres especies humanas de seres dobles formados por dos hombres, por dos mujeres o por un hombre y una mujer (la especie

inferior de los andróginos), dependiendo de si era el Sol, la Tierra o la Luna el principio que los producía; seres redondos con cuatro brazos y cuatro piernas, «dos caras fijas a un cuello orbicular y perfectamente parecidas», reunidas por una sola cabeza y opuestas la una a la otra, más cuatro orejas y dos órganos genitales. El ánimo esforzado de estas criaturas robustas y vigorosas «les inspiró la osadía de subir hasta el cielo y combatir contra los dioses». Naturalmente, Júpiter, tras examinar los hechos con sus colegas del Olimpo (y «la cuestión presentaba dificultades porque los dioses no querían aniquilarlos como hicieron con los gigantes fulminando rayos contra ellos pero, por otra parte, no podían dejar sin castigo su atrevida insolencia»), halló por fin «un medio de conservar a los hombres y de tenerlos más reprimidos», separándolos en dos mitades para disminuir sus fuerzas y, de paso, duplicar el número de fieles: «andarán derechos sostenidos solamente por dos piernas y, si después de este castigo conservan su impía audacia y no quieren estar tranquilos, los separaré de nuevo y se verán obligados a andar sobre un pie solo, como los que en las fiestas en honor a Baco bailan sobre un pellejo de vino». Los cortó en dos partes iguales, «lo mismo que hacen los hombres con la fruta» (y de ahí lo de la naranja, supongo). Apolo se encargó de curar las heridas resultantes de tan masiva y sofisticada operación quirúrgica. A partir de entonces, «cada mitad trató de encontrar a aquella de la que había sido separada y cuando se encontraban, se abrazaban y unían con tal ardor en su deseo de volver a la primitiva unidad, que perecían de hambre y de inanición en aquel abrazo, no queriendo hacer nada la una sin

la otra». Por cierto que, más adelante, añade Aristófanes: «Cada uno de nosotros no es por tanto más que una mitad de hombre que ha sido separado de un todo, de la misma manera que se parte en dos un lenguado.» Y pienso en lo descriptivo que hubiera sido que la tradición se quedara con esta imagen, porque más parecen medios lenguados que naranjas a medias los hombres y mujeres que, a falta de rayos olímpicos, caen fulminados por el célebre flechazo de Cupido.

Suponiendo que en efecto hubiera un medio ser complementario esperándonos en algún punto del planeta, no parece fácil que se produjera el encuentro. Incluso quién sabe si alguna vez no nos habremos cruzado por casualidad con él o con ella sin darnos cuenta. Pero quizá lo peor es que tenemos tan asimilado este mito fundamental de nuestra cultura y nos gustaría tanto que se verificara, que corremos el peligro de identificar con esa anhelada media naranja al primer desgraciado que se cruza en nuestro camino, sea hombre o mujer. Y el error se paga carísimo. Nos enamoramos de la imagen que nos hemos ido construyendo de la persona amada, no de como realmente es, y por eso luego vienen los desencuentros, que suelen ser demoledores. El caso es que andaba yo dando vueltas a lo del platonismo, sin duda uno de los amores que debía considerar en este libro, por su naturaleza elevada, espiritual, pero sobre todo porque parece propio de personas excéntricas que no participan del amor común. Y una noche, en la fiesta que daba en su casa madrileña el venezolano Alí Cordero, coincidí con un joven compatriota suyo, Juan Carlos, uno de los músicos que acompañan a Serrat.

Hablando de lo que cada uno de nosotros se traía entre manos, yo saqué el tema del amor platónico y entonces él me dijo que, según su experiencia, no hay amor más intenso y satisfactorio que el que se mantiene y se alimenta en la distancia. Me contó que estaba absolutamente enamorado de una mujer que además le correspondía —y nunca mejor dicho, pues se trataba de una relación por correspondencia—. Pasaban mucho tiempo sin verse y, aunque el joven aspiraba a fundar con ella una familia, los continuos viajes a los que le obligaba su profesión lo impedían. Pero las cartas no sólo mantenían viva la llama, me dijo, sino que la intensificaban hasta límites que él antes nunca hubiera podido sospechar. El amor epistolar, puesto que tiene como soporte la escritura, permite matices y honduras en la expresión de los sentimientos que no se alcanzan en el habla telefónica o en la conversación directa. Los efluvios del corazón, filtrados por la inteligencia que los traduce en palabras y materializados físicamente por la mano en el papel, con peculiaridades grafológicas que añaden una rica información complementaria sobre los estados de ánimo del escribiente, llegan limpios al receptor, sin titubeos ni interferencias, como frases pronunciadas al oído. Y él o ella van imaginando al leerlas, en el silencio elocuente de la escritura, las inflexiones y los tonos de voz del emisor ausente.

Más aún que el amor en presencia, el epistolar necesita ser correspondido. De lo contrario, las cartas viajarán en una única dirección y no habrá diálogo amoroso, sino un soliloquio frustrado que se alimen-

ta de sí mismo, de preguntas no contestadas, de declaraciones sin efecto, de confidencias que, sin la constancia de haber sido recibidas, se transforman en meras indiscreciones, de confesiones mudas que no sirven para expiar culpas; como mensajes de un náufrago en botellas que van a la deriva. Aquí lo que se pide no es sexo, que por supuesto es el trasfondo intensificador de las cartas amorosas, el punto de referencia en el recuerdo compartido de los amantes o la meta a la que ambos aspiran, sino tan sólo respuesta, que el receptor se convierta en emisor al recibo de la presente. Pocas cosas resultan más desoladoras que las cartas de amor no contestadas. En esta clase de relación no puede haber uno que escribe y otro que lee, como en el dar y tomar, un elemento activo y otro pasivo. Porque entonces la ausencia y la distancia se imponen con demasiada fuerza y el único escribiente va perdiendo el pulso, el de su corazón y el de su mano. Las dudas irán envenenando poco a poco sus nobles sentimientos y sus buenas intenciones. Se preguntará una y otra vez, en primer lugar, si habrán llegado a destino sus cartas, si habrá problemas con el correo, si el receptor habrá cambiado de domicilio —¡pero entonces las devolverían a la dirección del remite!—, hasta que la evidencia se le va imponiendo y empieza a comprender que lo que revela esa falta de correspondencia epistolar es la inexistencia de una correspondencia amorosa.

Recuerdo que un amigo, mucho antes de que los ordenadores se hubieran impuesto con su memoria prodigiosa en nuestras vidas, tenía por costumbre guardar copia de todas y cada una de las cartas amorosas que escribía. A mí aquello, en mi ingenuidad de

entonces, me parecía de una frialdad calculadora que desacreditaba por completo la sinceridad de sus sentimientos. Pero ahora, después de tantas cartas escritas en vano, he comprendido que su actitud era encomiable, por previsor y testimonial. ¡Qué no daría yo a cambio de recuperar alguna de las múltiples cartas inflamadas que no hallaron respuesta, probablemente los mejores textos que jamás he escrito, los más veraces y abiertos y efusivos, los más inspirados! Dejé en ellos porciones fundamentales de mi alma que hoy me ayudarían a reconstruir mis antiguas emociones y a recomponer mi personalidad estudiando la evolución que ha seguido a lo largo del tiempo. Me duele pensar que aquellas sentidas cartas de amor se estarán pudriendo, si es que no acabaron en la papelera, dentro de algún cajón cerrado. Y tampoco es un consuelo suponer que algún día pudiera volver a leerlas la persona que las recibió en su momento, porque si entonces no quiso escuchar lo que aquellas palabras escritas le decían, hoy se habrán transformado a sus ojos en una sucesión incomprensible de signos crípticos, remotos mensajes que si desde el presente no consiguieron comunicar nada, todavía menos comunicarán desde el pasado.

Sólo si fluye la correspondencia podemos hablar de plenitud amorosa. El amor vivo conlleva un ir y venir de cartas que se responden inmediatamente después de ser recibidas. Por escrito uno dice muchas cosas que no se atrevería a decir a la cara. Hay una intensidad definitiva en la escritura, que además tiene un valor documental y probatorio. Lo que se plasma en el papel no queda dicho en vano, y no sólo porque obtenga una respuesta, sino porque queda im-

preso, permitiendo a los amantes volver sobre ello para recordarlo o para compararlo con lo expresado en mensajes posteriores. El amor epistolar en la distancia ofrece a los amantes la posibilidad de convertirse en historiadores de su propia relación, les brinda una documentación preciosa para recorrer el camino que lleva de la pasión incendiaria de las primeras cartas a la madurez sostenida de las últimas, del deseo volcánico y dubitativo de los inicios a la esperanza serena y estable de una relación avanzada. En definitiva, estamos ante una especie de Amor Visa, en el que se aplaza el pago del sexo, la satisfacción del deseo erótico, y que puede ser Oro, cuando nos va conduciendo positivamente hacia la unión con el otro, o Platino, cuando logra hacerla efectiva, más allá de las cartas, en una realidad corpórea. Y entre tanto —insisto—, la agilidad de los envíos es una condición imprescindible para la buena marcha de la relación.

La evolución técnica de la especie humana, la aceleración progresiva del tiempo y el acortamiento de las distancias propiciado por el imparable y sofisticado desarrollo de las comunicaciones, han vuelto obsoleta la correspondencia tradicional. Ya habíamos reparado hace mucho en el desajuste que solía producirse, en nuestras historias de amor por carta, entre el tiempo de lo expresado y el tiempo de lo leído. Si el amado o la amada nos decía, pongamos por caso, que estaba triste, era fácil suponer que, en el momento en que nos estaba llegando el mensaje, ya se habría disipado su tristeza o que, al contrario, estaría hozando en el lodo de la depresión profunda. De esta forma, uno se relaciona con el pasado de la

persona amada, más o menos reciente según el tiempo que medie entre escribir la carta y echarla al buzón y según la mayor o menor eficacia de los servicios postales. Y al desajuste temporal hay que añadir las inevitables lagunas entre una carta y la siguiente. ¿Qué ocurre mientras tanto? ¿Qué hace? ¿Con quién va? ¿Habrà conocido a alguien? ¿Qué me oculta? Uno quisiera saber más del otro, tener también constancia de todos esos tiempos supuestamente muertos que las cartas no expresan. Y sólo se puede llenar ese vacío con dosis suficientes de confianza y de sosiego. Las cartas de amor son una combinación de datos más o menos objetivos y de declaraciones subjetivas más o menos solemnes. Los primeros sitúan al receptor en el espacio y el entorno del emisor, le informan de sus movimientos, de sus quehaceres, de las personas con las que trata, de los problemas a los que se va enfrentando. Las segundas son la salsa de las cartas, lo que las justifica y les confiere su auténtico sentido. Es un recordatorio de lo que verdaderamente importa: sólo quería decirte que te quiero, debes saber que te echo de menos, pienso en ti cuando asoma el sol por encima de los tejados de mi barrio y evoco los días que compartimos juntos en París, hoy he creído escuchar tu voz en el mercado, nunca olvidaré el beso que nos dimos en el aeropuerto, conservo como oro en paño la ranita que nos tocó en la tómbola, la medalla que me regalaste, el jersey burdeos que prometo devolverte pronto, no puedo vivir sin tí, te necesito. Naturalmente, cabe concebir una correspondencia amorosa que se baste a sí misma y no pretenda ir más allá del intercambio epistolar ni resolver ese aplazamiento

de la satisfacción del deseo al que antes me refería. Incluso puede ocurrir que los amantes no lleguen a conocerse o no quieran hacerlo por miedo a perder un nivel de comunicación que, estando frente a frente, podría degradarse. Pero por supuesto, una relación así sólo puede establecerse entre dos personas que tengan una alta calidad de escritura y sepan expresarse con matices. No hay nada peor que intentar mantener una correspondencia amorosa con alguien ágrafo o muy primario, que se limite a rellenar unas líneas de compromiso. Es necesaria una continua puesta al día y una renovación estilística que evite las repeticiones y la trivialización de los sentimientos.

En las últimas décadas, se ha ido perdiendo el hábito de escribir cartas de amor, que hoy tienen un tufillo decimonónico. El teléfono ha desbancado al correo y los buzones de las casas se han llenado de misivas impersonales, recibos, propaganda, invitaciones y, muy de vez en cuando, postales, recordatorios mínimos que sólo consiguen incrementar la nostalgia. Y curiosamente ha sido Internet, con el correo electrónico, el que ha venido a rescatar la costumbre epistolar, mejorando la comunicación al hacerla inmediata e innovándola con los célebres *chats*, diálogos en directo que se envían y se reciben en tiempo real. En cualquiera de los múltiples salones cibernéticos de la red, uno puede toparse con el amor de su vida. El nuevo soporte no acaba con las lagunas pero sí con los desajustes temporales. A partir de ahora, la persona amada puede suministrar información puntual sobre aquello que le ocupa en ese mismo instante, detallar su indumentaria, contar algo que le acaba de

ocurrir. Internet ha introducido la posibilidad de un diálogo real entre los amantes, que ahora comparten las cartas de amor, las escriben a medias cruzando frases, preguntas y respuestas, como si hablaran por teléfono pero con la riqueza que aporta el lenguaje escrito y dando un respiro, por mínimo que sea, para una cierta reflexión previa. Muchos dicen, y no les falta razón, que por este procedimiento se pierde, entre otros encantos, el tacto del papel, que resulta un fetiche porque el amado o la amada lo sostuvo entre sus manos, porque puede traernos, aunque desvaído, su aroma —y no me estoy refiriendo a las cartas perfumadas que enviaban los más cursis—, o mostrarnos algún indicio material de su existencia, como una mancha de café o la tinta de una palabra emborronada por una lágrima. Más el indudable encanto de la grafía, que dice tanto sobre el carácter y los estados de ánimo de una persona, según sea, la letra, más grande o más pequeña, más picuda o más redonda y, la escritura, ascendente, plana o descendente. Las letras en la pantalla, qué duda cabe, son siempre las mismas, mayúsculas o minúsculas. Pero esa monotonía gráfica se compensa no sólo con la riqueza del lenguaje, que permite expresarlo casi todo, sino también con un código de signos complementarios, los *emoticones*, que sintetizan gráficamente los principales estados de ánimo —alegría, tristeza, sorpresa, complicidad— mediante paréntesis, guiones y dos puntos. Y en términos generales, se gana mucho más de lo que se pierde. El correo electrónico llega a tu ordenador sin más intermediario que el servidor automático, de pantalla a pantalla, sin sellos ni carteros. Y desaparecen las distancias: a efectos de

correspondencia *on line*, da igual que tu *partenaire* esté en Cádiz que en Hannover.

No se nos escapa, por supuesto, la gran trampa que nos tiende el ciberespacio. Tras el espejismo de una intercomunicación planetaria sin fronteras, vamos hacia un mundo de individuos perfectamente conectados con los demás pero físicamente solos frente a su ordenador. Una nueva forma de relacionarse que pone en peligro la existencia de foros públicos, la vida de calle, los puntos de encuentro, las plazas. La utilización de los *chats* se está imponiendo como uno de los procedimientos más eficaces para conocer gente, para ligar, citarse a ciegas, hacer amigos, participar en reuniones de usuarios que, como los miembros de un club, compartan las mismas aficiones. Ignoro si también para amar, pero no veo ningún impedimento para ello. Amor en la red, simulación de cuerpos distantes que se acercan por la palabra escrita, frases que brotan con ligereza o seriedad en la pantalla. Un baile de dedos en el teclado, letras que son como impulsos del deseo, signos fríos de una caricia remota, incumplida. No es difícil imaginar una relación amorosa que combine las cartas por correo electrónico con los diálogos escritos en tiempo real. Dos seres sin rostro abriendo recíprocamente sus corazones, pronunciándose, expresándose, verbalizando a través de la pantalla sus anhelos y afianzando un compromiso ideal. Y sin embargo, la velocidad, la inmediatez, la simultaneidad del diálogo amoroso entre dos cibernautas corporalmente separados es una representación muy elocuente de la paradójica soledad de los hipercomunicados. Acaso se podría rastrear, en esta elección de un amor en lejanía

—poco importa si por carta, por teléfono o por Internet—, «un sobrecontrol del miedo a la entrega, de la amenaza que significan las necesidades del otro», como dice el psicoterapeuta Claudio Naranjo en su ensayo *El eneagrama de la sociedad*. Apostar por una relación platónica para solucionar las propias necesidades afectivas tiene algo de rendición previa o de cobardía: amar espiritualmente, amar de lejos para no adquirir responsabilidades ni compromisos, que darse con la idea para no tener que enfrentarse a la realidad de un cuerpo, al reto de poseerlo, a la dificultad de conservarlo y a la posibilidad de perderlo.

Un amor que se aplaza, un amor que sólo existe en la medida que no se realiza, un amor que se alimenta de sí mismo para no depender de su objeto —el otro, la otra—, un amor entre almas, una idealización sublimadora del cuerpo, una pulsión que no acepta los límites de la realidad y que encuentra su máxima expresión en el amor por el imposible, que tanto ha celebrado —en sus libros y en su vida— el poeta y escritor Luis Antonio de Villena. Una noche le pregunté, mientras cenábamos en una cafetería madrileña, hasta qué punto un amor así no procedía en el fondo de un sentimiento de frustración. «El amor al imposible —me contestó— es una formulación teórica que presupone la derrota. Un verdadero amante del imposible, en positivo, en ilusionado, nunca lo admitiría. Diría: yo amo el ideal, salvar a la humanidad, la revolución socialista, la igualdad de los hombres, lo que sea. Pero nunca reconocería que ama un imposible. Cuando ese amor se reconoce como

tal, ya se está en la derrota: sabes que el imposible no existe y que, por tanto, nunca podrás alcanzar ese amor que te mueve. Lo cual tiene un efecto muy positivo, porque siempre estarás acuciado por una necesidad de allendidad, de lejanía, que tira de ti; y otro muy negativo, que es la sensación continua de fracaso, al ser consciente de que eso nunca se va a realizar. Dejando aparte la oscilación mental que provoca, entre la euforia y la depresión, ese amor sólo se puede vivir desde la serenidad, desde la investigación. Sólo desde el afán de conocimiento se puede soportar una situación que, de base, es literalmente frustrante.» Al principio, él no lo llamaba imposible porque pensaba que efectivamente se podía concretar. Pero pronto comprendió que un amor así se va concretando mientras crece: «Según mi experiencia, empiezas creyendo en la posibilidad de amar, incluso físicamente, a una persona con cualidades maravillosas que en realidad, sin tú saberlo, proceden de una tradición cultural. Vas buscando una identidad para esa fascinación o arquetipo cultural y puede ser que la encuentres, porque existe; pero, en ese momento, pides un peldaño más arriba, es decir, que esa perfección física, tan difícil, se corresponda además con una gran perfección mental, lo cual ya es mucho más difícil. Pero aún podría darse. Y entonces pedirías que esa gran perfección física y mental se acoplase a tu deseo, a tu propia voluntad, lo cual roza lo prácticamente inalcanzable. Y si aún se diese ese caso y la persona en cuestión se amoldase a tu propia voluntad, pedirías a alguien que no lo hiciera, porque ese acoplamiento te parecería un defecto. Vas sumando perfecciones, con lo cual llegas a desear

un ideal ajeno a la realidad. Y eso te lleva a un sentido profundamente revolucionario, a comprender que el mundo no está bien hecho. Qué pobre sería Dios —como decía aquél, debió de ser el último de la clase— cuando yo puedo imaginar un mundo mejor que el que existe. Y lo pones todo en función de ese mundo imaginado, que podría ser pero no es, en todos los niveles, físico, mental, espiritual, sentimental, de relación, de amistad. Eso te va situando en una especie de margen. En realidad, te vas automarginando, sabes que estás fuera, un poco altivo, por qué no decirlo. Y la única salvación del desequilibrio más profundo es observar y estudiar lo que te está ocurriendo, investigar tu propia experiencia. La lupa te da una imagen de ti mismo desolada pero muy científica: de esto procedo por la injusticia social, a esto me ha llevado una educación equivocada, a esto otro la mala organización de la familia. Montas un enorme laboratorio para estudiar hasta el menor de tus sentimientos y buscarle una explicación. Y lo más terrible es que la tiene. En tanto investigador de la realidad, te salvas porque tienes lucidez para comprender tu propia trampa. Y en tanto idealista, terminas siendo un completo perturbado, si por tal se entiende una persona que no se acomoda a la realidad, que no tiene una relación directa con ella ni la reconoce. Un idealista es un loco. Glorioso, eso sí.»

Como Petrarca, pienso ahora, que fue un idealista extremado. Le bastó con un único modelo para emprender el ascenso, un solo encuentro con Laura, el 6 de abril de 1327 en la iglesia de Santa Clara de

Aviñón, fue suficiente para amarla de inmediato y convertirla en la musa de su *Canzoniere*, que es una de las cumbres más altas de la lírica. Y la verdad es que no creo que en nuestros días se viera con buenos ojos un platonismo semejante. A Petrarca hoy se le tendría por un demente. «Hay toda una tradición de gran prestigio —me decía Villena—. Por eso la sociedad está siendo tan tonta últimamente, porque está acabando con ese prestigio. Pero durante muchísimos años y siglos el amor al imposible se consideraba lo más elevado que podía haber: era la religión, la alta filosofía, la teología, la ciencia extrema, la matemática pura, los grandes horizontes de la humanidad. Y el arte. Es cierta esa idea de que el arte moderno empieza cuando se intenta expresar lo inefable. La gran aventura del arte moderno es ir más allá de lo decible, buscar nuevos terrenos de dicción. Y se puede. El error es pensar que la conquista es balbucir; no, la conquista sería realmente hablar. No se trata de lograr una especie de arte abstracto con cuatro manchones que indiquen que hay algo después, sino convertir esos manchones en palabras que signifiquen algo que no se haya dicho antes. Ésa es la gran modernidad de Freud, que después de un siglo no ha sido suplantado por nadie. Este señor se atrevió, bendecido porque supo darle un clima de ciencia a sus teorías, a decir cosas que a casi nadie se le había ocurrido pensar. La revolución freudiana es tan tremebunda, que todavía cien años después la mayoría de la gente ni la ha oído. Tan importante como decir que en los sueños no hay una voz exterior que te habla, sino que los sueños son tu propio yo. Cuando te ves rodando en ellos por una pendiente y te

atravesen lanzas y aparece tu padre y te mata, no es que haya una pitonisa que te está desvelando el futuro, como decía la Biblia y la Antigüedad, porque se creía que alguien te dictaba desde fuera imágenes simbólicas para avisarte del porvenir, sino que es tu inconsciente, tu yo mismo quien habla. Y el tiempo le dio la razón. Cuando por fin los científicos han conseguido estudiar el sueño, con máquinas que no existían en tiempos de Freud, se ha descubierto que el llamado sueño REM, el punto álgido, ese sueño profundo del que no recuerdas nada cuando despiertas, se corresponde a los momentos de máxima actividad mental. Las agujas indican que está a tope, mientras que los movimientos musculares están a cero. ¿Qué es más real? ¿Lo que ocurre fuera de ti o lo que ocurre dentro? A lo mejor es mucho más real lo de dentro. Una parte del idealismo lleva a formular ese mundo que todos llevamos en nuestro interior y que no nos hemos atrevido o no hemos sabido o no podemos expresar, pero que debemos estudiar a fondo para reconciliarnos con nosotros mismos y para tener una visión más amplia que la gente que no está en esta historia.»

Vuelvo sobre la idea de la evasión, yo que en el fondo siempre me he tenido por un fugitivo. Se lo digo a Luis Antonio: el amor por el imposible no es sólo una falta de acomodo, es una fuga. Y él asiente: «Claro, en la medida que lo es toda inmadurez. Todo idealista es un inmaduro, un señor que no reconoce la realidad y evidentemente huye de ella. También cabe preguntarse si lo hace porque es incapaz de asumirla o porque, aun asumiéndola, se le queda muy corta. No sé, yo podría asumir casarme, tener

hijos y pagarles una carrera, pero es que me parece de una pobretería abismal.» Y de hecho, no ha titubeado a la hora de apostar por esa vía de continuo ascenso «en la que uno va pidiendo cada vez más». «Quizá para un señor normal, casado y con hijos, sería malísimo —me comentaba—, porque provocaría un trastorno espantoso en su familia. Pero para un creador es bueno porque le lleva a traspasar continuas fronteras.» ¿Por qué no? Sólo que a veces pienso que no merece la pena el precio que se paga a cambio. Por eso le pregunté qué ocurriría si simplemente aceptáramos la realidad como es. Y Villena no lo dudó: «Seríamos más felices y también más limitados. Después de todo, la felicidad no es ni más ni menos que una aceptación de los límites: sabes que tales cosas no se pueden hacer, que hasta ahí no se puede llegar, que esto no conviene. Te marcas unos límites y dentro de ellos puedes ser feliz. Lo que sucede es que si eso se lo hubieran planteado históricamente todos los hombres, probablemente no habríamos avanzado porque lo que llamamos progreso de la humanidad se basa en la insatisfacción, en que ha habido unas personas que se han sentido insatisfechas y han procurado mover lo que había, teóricamente —decimos— hacia adelante, o hacia no se sabe dónde. El caso es moverlo. Si todos fuéramos muy felices, no hubiéramos movido nada y estaríamos con el arado romano. Ésa es la gran trampa de los reaccionarios, porque en efecto una sociedad eternamente patriarcal sería más feliz, aunque también muy injusta. Uno avanza hacia la justicia y hacia la infelicidad. Es un camino muy complicado que yo desde luego no recomendaría a nadie, pero si por

un azar caes en él, lo único que puedes hacer es aprovecharte. En realidad, no es más que una especie de continuación de la tradición platónica. Heidegger dijo, y puede que no le faltara razón, que toda la filosofía occidental eran notas a pie de página a los diálogos de Platón. Hay una enorme corriente en el mundo occidental que ha ido hacia eso, hacia la idea de que la realidad es imperfecta y que uno tiene que intentar buscar esa otra parte de la realidad que no conocemos, la sombra de la caverna de Platón, que quizá si eres creyente algún día podrías conocer en la otra vida y, si no lo eres, quién sabe dónde. Pero en cualquier caso hay —y eso sí me parece real— un sentimiento de insatisfacción en cualquier persona medianamente inteligente. Por lo demás, todo es cuestión del sentido que tú le des a esa insatisfacción: hay quien le puede dar un sentido nihilista, que debe de ser, entre otras cosas, muy duro de llevar, o bien puedes darle este sentido idealista del que hablamos que, por lo menos, es más creativo.»

Y también valiente, digo yo. Porque hay que serlo, y mucho, para afrontar el amor como insatisfacción permanente. El hecho de que el amor buscado sea una quimera es la coartada del idealista para no detenerse nunca en ningún cuerpo, para que la búsqueda sea siempre infructuosa y, sobre todo, pueda continuar. Villena es un misántropo que adora los cuerpos, un fanático de la diferencia y las excepciones a quien el oro entre las manos se le convierte en vil metal, porque los cuerpos más hermosos, antes que remitir a la belleza última, remiten a sí mismos y a su inevitable deterioro. Sólo buscando aquello que no puede encontrarse consigue evitar encontrarse con lo que

no quiere: una realidad que detesta porque está repleta de rutinas, es mediocre y no tiene cabida para la pasión y el riesgo. Tras la imagen bella que evoca la belleza nunca llega a distinguir un alma análoga a la suya. La imposibilidad del amor verdadero, que implicaría una identificación de almas, le salva en cierto modo de cualquier realización imperfecta y pobre de ese amor verdadero. Si demasiados cuerpos son uno solo, un solo cuerpo es siempre demasiado. Su noble aspiración es una exigencia más filosófica que real, porque lo que en definitiva persigue no es identificarse espiritualmente con un alma afín a la suya, sino reconciliarse con una carnalidad que prefiere soñar espiritual sin llegar nunca a enajenarse. Hay en él una pulsión egoísta —en el mejor sentido del término— que busca enriquecer su solitaria individualidad, sin renunciar nunca a ella, con descargas de sensualidad y belleza que le remitan a un mundo superior y más amable. Su individualidad queda intacta. La individualidad de los cuerpos, exponentes de una realidad arquetípica, se diluye: son los datos carnales de una búsqueda espiritual, presencias efímeras de una ausencia, medios de fuga.

Yo percibo un cierto narcisismo en ese amor idealizado que conduce a uno mismo porque, en el fondo, amamos algo que nosotros mismos hemos inventado. Pero Villena no está de acuerdo: «El inconsciente no es algo privativo. Lo compartes con los demás. Es lo que permite a la especie humana ampliar sus fronteras, en el sentido de incorporar cada vez más cosas a la realidad. Por ejemplo, ahora

lo microscópico es real, cuando hace un siglo no existía. Hay una cosa —y no deja de ser curioso— en la que se equivocan algunos de nuestros amigos al hablar de la poesía de la experiencia: dicen que el gran momento de la poesía actual es haber llegado a plantear el hecho de que el poeta se exprese como un ser humano normal y corriente, de la calle, y hable de las experiencias más comunes de la vida cotidiana. En efecto, eso está muy bien. Pero me pregunto entonces cómo es posible que tuviera éxito Rubén Darío hablando de la marquesa Eulalia “que ríe a un tiempo mismo para dos rivales, el abate de los desafíos y el noble de los madrigales”. Pues porque todos tenemos un lado interior que es la marquesa Eulalia. De acuerdo, somos unos señores que viajan en Metro o en autobús, que charlan con sus amigos y cuentan sus historias de fracaso sentimental. Y esto es lo más moderno porque es lo último que ha llegado a expresar la poesía. Pero ahora habría que explicar por qué entonces han tenido éxito los que hablaban de cosas absurdas. Si eso no existiera, no habrían podido tener éxito porque les hubieran tomado por locos.

»Y sin embargo, cuando lees que la marquesa Eulalia ríe encantada y es divina su risa de oro y todavía continúa, te emocionas. ¿Por qué? Pues porque hay una marquesa Eulalia dentro de ti. Hay un lado en tu mismidad —lo que se ha llamado sombra— que se identifica con cosas aparentemente muy ajenas a tu vida real. Y no es un lado irreal. Simplemente, es una parte del yo que no tiene por qué exteriorizarse. Pero también puedes incorporarla a tu realidad y, como ocurre en el carnaval, vestirte de pronto de la marquesa Eulalia y salir a la calle. Lo importante es que

puedas ir y volver. El problema es si vas y no vuelves: entonces eres un loco. Pero si vas y vuelves, eres un sabio. Ése es el camino del idealismo. Y en la medida que no todo el mundo lo sigue, también te sitúa en un territorio de mucha soledad ya que o te quedas en el disparate puro, que es muy incómodo porque obliga a tratar con mucho idiota, o tienes que situarte en un territorio relativamente solitario porque no todo el mundo entiende esa formulación. ¡Y hacen bien!»